

artísticas, uno de los aspectos más importantes de la realidad chilena.

González Vera estima que Lillo es ya un clásico chileno y anota que su labor de escritor ha sido justamente valorizada, pues en una Universidad yanqui, su libro «Sub-Terra» se emplea como texto de lectura en español. Y en realidad el prologuista tiene razón, pues la obra de Lillo corresponde a una etapa de la vida chilena que encontró en él a uno de sus más genuinos intérpretes.

Dotado de una viva sensibilidad, Baldomero Lillo empapó su obra en la trágica visión de la existencia de los mineros del carbón. Sus páginas están estremecidas de dolor y de piedad humana. No hizo sermones, ni demagógicos alardes, para mostrar el dolor y la injusticia social en que viven sus personajes. Pero su sentimiento de artista puro fué más elocuente que el lenguaje patético y alarmista de los que se colocan en la actitud de apóstoles. Era antes que nada un artista y su temperamento pudo, de este modo, ir al fondo del problema, mostrando la espantosa realidad con todos sus sombríos contornos, y conseguir por este camino mucho más que lo que pudieran haber alcanzado las prédicas con carácter de agitación social.

Este volumen permite a los chilenos conocer, junto con los dos anteriores, «Sub-Terra» y «Sub-Sole», la totalidad de la obra de Lillo y, además, apreciar los distintos matices de su sensibilidad de escritor.

EL RÍO DEL TIEMPO.

<https://doi.org/10.29393/At210-8RTDI10008>

Después de los días apasionados de la juventud, cuando el amor y las esperanzas eran como un galope impetuoso que hacía latir el corazón con ritmo acelerado, don Samuel Lillo nos entrega ahora las voces más íntimas de su espíritu, cernidas en la penumbra de los recuerdos. Como un jardín donde se lucieron las más hermosas flores, el alma del poeta ha guardado en su

sensibilidad el perfume de todas ellas, pero sutilizado, alquitarrado por el tiempo, por ese gran río del tiempo de que nos habla en estos momentos en que su vida se aquieta en un remanso de noble serenidad. «Canciones de Arauco», «Bajo la Cruz del Sur», «Chile Heroico» y tantos otros libros de don Samuel estremecidos de acentos marciales, son como jalones que muestran la robusta entonación de sus cantos, empapados en su amor a la tierra y a las hazañas de los hombres que dieron todo por ella, en su afán de hacerla más grande.

«Pero «el río del tiempo» no se detiene un instante. Va inexorablemente, camino del mar, como dijera Manrique, para perderse en la inmensidad. Pero el río pasó por la tierra, sintiendo que en el espejo inquieto de sus aguas se reflejaba el paisaje, la alegría de los pájaros y de los hombres. Y también sintió la juventud de la primavera, la madurez capitosa de los veranos, la poesía del otoño y la quietud letal del invierno. El poeta ha ido traduciendo todas estas etapas de la existencia humana en las páginas de sus libros. Desde lo alto de su serenidad gloriosa, satisfecho de todo lo que dió sin pensar en lo que recogería, su voz se hace más pura, más honda y transparente. Y qué ternura, qué dulce y evocadora emoción hay en sus versos, cuando define momentos de inquietud, de angustia, de suprema interrogación. Sólo la voz de un niño florece en su camino. Canta de nuevo un pájaro entre el follaje y un suave perfume hace menos fatigosa la espera. Una emoción que nos humedece los ojos hay en su poema «Soledad».

Me voy quedando solo:
unos tras otros, todos los que amaba
van desapareciendo fatalmente
en las sombras calladas.

Cuando abro tembloroso
los diarios a la luz de la mañana
y veo, de repente,
en una de las páginas,
la vaga imagen de algún viejo amigo
que se ha marchado a la región lejana
a donde yo también iré muy luego,
doblo el diario y me quedo
sumergido en la pena que me asalta.

Pero mi nieto que a besarme viene
en cuanto se levanta,
me mira inquieto, se impacienta y dice:
«Veamos a Tarzán que está en la jaula
del león y a Quintín y a los tres magos».
Y yo entonces aparto la mirada
del retrato que evoca
todo un poema de mi edad pasada,
y con la voz opaca por la angustia,
le leo las historias encantadas;
y mientras boga el niño
sobre la frágil barca
que conduce su alegre fantasía,
yo con los ojos húmedos de lágrimas,
y el corazón henchido de amargura,
me quedo solo en la desierta playa.

LAS MUJERES ESTÁN LEJOS.

Luis Meléndez, eximio dibujante, que a través de la maravilla siempre original y novedosa de sus líneas ha demostrado una rica y fina fantasía, es también un buen novelista. Antes, hace más o menos diez años atrás publicó una novela, «Torre de Marfil», que fué seguramente un tanteo para emprender una